

I

EL PADRE

1

Algunas tardes, Julián intentaba sorber directamente la esencia de Manhattan sin guías de ninguna clase, dejándose poseer por las insinuaciones que le proponía la ciudad, actitud que le conducía a menudo a la melancolía y al sentimiento de su propia soledad, que se acentuaba cuando descubría entre la muchedumbre a alguna mujer que le gustaba.

En Manhattan era fácil encontrar mujeres gordas hasta la morbidez y mujeres de figura imposible saliendo de los inmuebles prohibitivos o de los grandes hoteles, estilizadas como un lirio, y por cuyas venas cristalinas debía de correr mucho dinero. Mujeres que no miraban a nadie mientras esperaban un taxi al atardecer, dichosas de entregarse al agitado danzón de olor a sexo y a fiebre como quien se entrega a una emoción muy intensa.

En una misma calle, podía ver tres gordas salir de un restaurante de comida rápida mientras que, al otro lado, una figura espigada y radiante entraba en un Jaguar blanco que acogía en sus adornos cromados todo el oro de la tarde. Frente al Jaguar, un letrero proclamaba «la tienda de rock and roll más grande del mundo».

Algo más abajo otro rótulo anunciaba, con ambiciones igualmente planetarias, «la mejor colección de arte moderno del mundo», y cien metros más delante, de nuevo las pretensiones planetarias hacían acto de presencia en un cartel que publicitaba «la compañía de envíos más cuidadosa del mundo», y en otro que exaltaba «la droguería mejor abastecida del mundo», y en otro más, que ya parecía colmar todas las expectativas, y que hacía referencia a «la experiencia más escalofriante del mundo», si bien Julián no acababa de saber de qué experiencia se trataba, pues al cartel le faltaba un trozo. Ninguna de las ciudades por las que había pasado hasta entonces invocaba tanto al mundo y sus grandezas, al parecer todas ellas ubicadas en Nueva York.

A veces se perdía por restaurantes baratos y bares de mala muerte, donde hombres tan jóvenes como él perdían el tiempo y la vida. Le espantaban sus miradas sin horizonte, vidriosas y caninas, y en las que ya se veía la derrota como una fatalidad asumida.

Esa gente le daba miedo, le evocaba habitaciones sórdidas y sin estufa, alcohol todos los días, mitologías tristísimas sobre los reveses de la vida, derrumbes que parecían llegar sin el menor sentido. La ciudad se los había comido por alguna razón. A él no le iba a ocurrir lo mismo.

Cuando las caras que le rodeaban le parecían cargadas de una realidad que no dejaba demasiado lugar a la dicha, buscaba con ansiedad el distrito de los teatros, para que las luces de Broadway borrasen la sombra negra que dejaba en su conciencia la sospecha de que el fracaso era algo bastante corriente en la vida, y el mayor fracaso le parecía no disfrutar en plenitud de los dones de Afrodita.

Pero las luces de Broadway no borraban sombras y más bien las acentuaban, especialmente a la hora en que todo aquel mundo comprendido entre la calle 42 y la 50 se llenaba de agitación y se mezclaban en un mismo baile frenético los que salían a cenar, los que iban al teatro, los que se encaminaban a una cita más o menos galante, los paseantes sin más, los turistas de todas las latitudes, los buscavidas, los buscamuertes, los adinerados, los hambrientos, los que acababan de llegar de un pueblo de Nueva Jersey y querían ver *Los miserables*, los mendigos más notables de la corte de Manhattan, los carteristas, los timadores, los policías que cuando alguien gritaba siempre miraban a otra parte, los carteles resplandecientes, los coches silenciosos y los atronadores, las motos flamígeras, las busconas de lujo y las otras, los putos, los travestís de ojos como semáforos, las pandillas de chicas golfas y pijas, las pandillas de chicos con caras de matones asqueados, los señores de rostro severo con sus señoras gordas, relucientes y llenas de joyas, que pasaban del coche al teatro sin mezclarse con la gente y pisaban las aceras de la 43 o la 44 como si fuesen de materia pringosa...

Un mundo estimulante hasta cierto punto, y hasta cierto punto deprimente, pero que le alegraba el alma porque le indicaba que la vida empieza de nuevo al anochecer, y él era fundamentalmente noctámbulo.

Rara vez se acostaba antes de las cuatro de la mañana, y era por la noche cuando más abierto se sentía a toda clase de emociones y cuando más pensaba en su vida.

Julián había venido al mundo el año que moría Brian Jones, y en el mismo pueblo de Sussex donde el músico había

dicho adiós a la vida; por eso sus recuerdos más antiguos le parecían ubicados en una eternidad húmeda y verde. A un lado y a otro de la radiante existencia se extendían inmensos bosques encharcados, de árboles de tronco lácteo, como el de los abedules. Y en ese lugar había una carretera rodeada de tilos. Se acordaba de una mañana en que iba con su padre por esa carretera. No podía tener más de tres años. Julián miraba con felicidad el mundo: los bosques que le rodeaban, la carretera, el río, el tren, el paso de nivel, el apeadero... El paraje que los albergaba parecía uno de esos dibujos de las enciclopedias escolares donde todo estaba tan claro y tan definido que producía una gran tranquilidad, la tranquilidad de las cosas colocadas en su sitio.

La vida era entonces una revelación continua de la que sin embargo no le quedaban demasiadas imágenes. De ahí que pensara que nuestras vidas eran siempre películas de las que habían borrado demasiadas secuencias de la primera parte y luego no había quien entendiera la historia.

Debió de ser hacia los cuatro años cuando empezó a ser consciente de que se hallaba en Hartfield, donde su padre trabajaba de jardinero en una casa imponente junto a la iglesia mientras su madre se dedicaba a leer novelas. Al año siguiente, y al hilo de las conversaciones que mantenían sus padres, se fue enterando de que sus progenitores habían sido muy amigos del miembro más famoso y libertino de los Rolling Stones: Brian Jones, del que su padre había sido jardinero algunas horas a la semana. El padre de Julián se llamaba Lucio, y era español como su madre, pero al parecer Brian Jones lo había llamado siempre Lucky.

Recordaba diálogos entrecortados de sus padres sobre la muerte de Brian Jones, que se había ahogado en la piscina de su casa de Hartfield la noche de su inauguración, en el transcurso de una fiesta confusa y siniestra, con abundancia de drogas y de alcohol, según supo más tarde.

Por lo visto nadie pudo o nadie quiso aclarar la muerte de Brian Jones. Todo eran rumores absurdos y teorías disparatadas, algunas muy alejadas de la realidad.

Julián acababa de cumplir seis años cuando sus padres murieron en un accidente de tráfico a las afueras de Londres, y del cielo de Sussex pasó directamente al purgatorio. De pronto, amaneció en casa de su abuela.

El cambio de espacio tan inesperado lo dejó al principio muy desorientado. No recordaba haberse despedido de sus padres, ni el viaje que había hecho desde Londres con su abuela, ni el aterrizaje en Madrid, ni el trayecto hasta su nueva casa, y se pasó llorando tres días y medio. De sus primeros tiempos en Madrid sólo recordaba la bruma envolviéndolo durante noches y noches, el museo de cera y el parque de atracciones.

Los abuelos maternos de Julián tenían un vivero a unos veinte kilómetros de Madrid. La empresa era relativamente modesta, pero por aquella casa pasaba el mundo, en toda su variedad. Siempre había gente diferente en el vivero. Gente del lugar y de muchas otras partes, relacionada con el negocio de las plantas, la construcción, la jardinería, las floristerías, las celebraciones de toda índole.

El mundo de sus abuelos era un espacio abierto y allí Julián fue educado por el mundo, y muy especialmente por su tía Petra, hermana menor de su madre y trece años mayor que él.

El dormitorio de Petra era un poema al *kitsch* universal, empezando por los muebles. Y entre todas las fotografías y carteles de cantantes que llenaban las paredes reinaba un cartel gigante de Brian Jones.

Petra lo adoraba, era su símbolo sexual. Le gustaban su culo, sus labios de mamón imperial, sus ojos satánicos y tristes, y le decía a su sobrino que el día que vio en la televisión el funeral de Brian Jones había sentido que se quedaba viuda para siempre. Contaba que le había dado la impresión de estar asistiendo a su propio entierro mientras veía el telediario, contaba que los Stones exhibían una seriedad pétrea cuando salían con sus chicas de los automóviles negros. Todos tenían caras de culpa. El coche fúnebre, solemne y antiguo, transportaba sobre su baca un féretro amplio, como para albergar a un muerto mucho más grande que Brian, y la multitud se agolpaba a la puerta del cementerio.

—Por eso me tenía tan impresionada que tus padres hubiesen sido sus amigos, y por eso te quise tanto desde el principio, Julián. Sentía que venías como impregnado de Brian Jones, con tus pantaloncitos a cuadros negros y rojos y tu melenita rubia. Parecías un Rolling Stone en miniatura —le dijo Petra en una ocasión.

Hacia los doce años, Julián descubrió el misterio de su nombre, gracias a una carta que encontró en una mesilla de noche y en la que su madre le decía a una de sus hermanas: *Le puse el nombre de Julián porque fue engendrado en la playa de Saint-Julien-en-Born, al final de un radiante mes de julio, lleno de amor, drogas y rock and roll.*

Al año siguiente, Petra comenzó a llevarlo a todos los conciertos que podía, y de esa manera estuvieron viendo en Ma-

drid y en sus periferias a casi todos los grupos y orquestas de entonces. Una noche, cuando ya Julián tenía quince años, asistieron a un concierto de los Rolling Stones en París. En mitad del concierto Petra le dijo:

—Me acabo de acordar de Brian, mi antiguo amor. Te pareces un poco a él.

Esa misma noche, Petra lo desvirgó con mucha dulzura en un hotel del barrio Latino donde alquilaron dos habitaciones para no levantar sospechas, si bien durmieron en la de Petra, que tenía un espejo ubicado en el techo.

De la manera más inesperada, Petra le condujo a lugares del sentimiento y el sexo que desconocía y que le producían una emoción ambigua, a medio camino entre la decepción y el alborozo, pero que fue mejorando mucho con el tiempo.

Contagiado por su tía, Julián empezó a sentir una profunda curiosidad por Brian Jones, y especialmente por el año de su muerte. Quería saber más del crepúsculo del *Swinging London*, que en cierto modo había coincidido con su máximo esplendor. Dos fotos del Stone muerto le fascinaban: en una se veía a Brian en su época más gloriosa, cenando solo en el café de una estación de Londres. Seguramente estaba a punto de coger algún tren y había pedido una cena ligera.

El establecimiento era de una tristeza agobiante: uno de esos establecimientos ferroviarios que luego salen en nuestras pesadillas simbolizando el último adiós.

Sobre la mesa nada de whisky o ginebra o ron o vodka o coñac: sobre la mesa un vaso de leche. Quizá estaba pasando una época de purificación. La imagen comunicaba una soledad existencialista. La otra fotografía que le obsesionaba mostraba

a Brian a la puerta de su inmueble, durante sus últimos días. Brian iba medio travestido y su rostro resultaba indefinible. Parecía un bebé de naturaleza extraterrestre y al mismo tiempo un hombre de miles de años de adicción y de tedio. Nadie que lo viera podía ignorar su pérdida del sentido de la realidad y su sufrimiento interior. ¿Estaba esperando la última cornada?

Había una tercera fotografía, que descubrió más tarde, y que llegó a interesarle tanto como las otras. Estaba hecha en la casa de Sussex donde Brian se ausentó de la vida, y aparecía junto a una mujer morena y de ojos verdes. En el artículo que acompañaba la imagen se decía que la chica se llamaba Lu, y que había sido una de las últimas novias de Jones. También decía el artículo que la tal Lu pertenecía a la aristocracia española y que había tenido un hijo ilegítimo con Brian llamado Alexis. ¿Quién podía ser aquella mujer y por qué era la primera vez que leía algo sobre ella? ¿Seguiría viva? ¿Habría conocido a sus padres? Y es que Julián no podía ocultarse a sí mismo que su interés por el Stone muerto estaba estrechamente vinculado al misterio de sus padres, de los que sabía tan pocas cosas. Sí, su padre había trabajado de jardinero por horas en la casa de Jones, su madre parecía siempre ausente, como si no fuera un ser de este mundo, con sus vestidos floridos y sus sandalias y su sonrisa de porcelana antigua. Más tarde se habían matado en la carretera. Punto y final a la historia de dos vidas.

Julián cursó estudios de letras en Madrid y a los veintitrés años, cuando malvivía dando clases de inglés en una academia para ejecutivos, empezó a plantearse la posibilidad de trasla-

darse a Londres. Justificaba su deseo diciendo que le apetecía regresar a Inglaterra, pero secretamente pensaba que en Londres llegaría a enterarse de capítulos desconocidos de la vida de sus progenitores, pero fue justamente entonces cuando se encontró en la Gran Vía con Aníbal, uno de sus antiguos profesores universitarios, que le tenía gran estima y que ahora trabajaba en Nueva York. Cenaron juntos en un restaurante inglés de la plaza de Santa Ana y estuvieron hablando de sus vidas. El profesor se apiadó del poco dinero que ganaba y las muchas clases que tenía que dar, y decidió ayudarle a obtener un lectorado de español en la universidad de Columbia.

Aníbal actuó con diligencia y celeridad, y antes de que acabase el verano Julián se trasladó a Nueva York, donde no tardó en comprender que cambiar de continente había sido un buen giro del destino, pues no se hallaban en Londres las huellas que andaba buscando desde que tenía uso de razón, ni se hallaban tampoco los caminos.

Nada más llegar a Manhattan, Aníbal le buscó un ínfimo habitáculo de una sola pieza en Chinatown, cerca de Canal Street, por un precio acorde con su condición, y pasó varios meses situándose en la ciudad, en una actitud atenta y oscilante.

Su cuarto era pequeño pero acogedor, y desde la ventana se veía la iglesia de la Transfiguración, de estilo georgiano pero ya con aires neogóticos, que podían crearle la vaga ilusión de que se hallaba en Inglaterra, aunque le bastaba con acercarse a la ventana y mirar hacia abajo para ver toda una muchedumbre deslizándose por las aceras, bajo las insignias de neón en caracteres chinos, formando una atmósfera brumosa que le

conducía al Macao de la época de entreguerras, cuando no a las calles densas y lluviosas de *Blade Runner*.

Además de una cama, en su cuarto había una sólida mesa china, de una madera que parecía cerezo, un sillón de mimbre de color negro, un pequeño armario biblioteca con sus libros preferidos, un ropero empotrado donde guardaba sus galas y cuatro paredes azuladas que solían agradecer mucho el sol de la mañana, y en las que pendían un espejo ovalado de marco negro y una imagen de la diosa china de la literatura, pintada con tinta negra sobre seda gris. Dependiendo de dónde se colocara, podía ver la cabeza de la diosa reflejada en el espejo. Esa clase de juegos le encantaban, y cuando alguien le preguntaba qué significaba aquella pintura, Julián se encogía de hombros y decía que era una imagen que le tranquilizaba.

Sobre la mesilla de noche que hacía juego con la cama reposaba a menudo *El retrato de Dorian Gray*, narración que se le antojaba más vinculada a la vida de Brian Jones que a la suya, y que estaba leyendo por segunda vez.

Ése era su refugio, entre chinos y frente a una iglesia cristiana, y ésa su residencia de verano y de invierno. Allí se despojó pronto de su impresión de destierro, y más cuando empezó a sentir el calor envolvente de la Gran Manzana, su rumor constante, enloquecedor, que hallaba su mejor definición en Chinatown, tan saturada de negocios, de olores, de rótulos en chino, de animales vivos y animales muertos.

Desde Canal Street solía bajar hasta el East River, donde a veces se subía a un ferry, simplemente para sentir más cerca las aguas densas y pardas y los rascacielos de las dos riberas, acogiendo en sus resplandecientes corazas el último sol de la tar-

de. Y tenía que reconocer que el primer individuo en el que se había fijado nada más llegar había sido un predicador mendicante al que llamaban Grosby. Pertenecía a esa población flotante y apocalíptica que discurría en aquella época de un lado a otro de Manhattan, y uno podía encontrarlo en cualquier parte. Julián lo vio por primera vez en una esquina de la Octava avenida y le sorprendió su aspecto, imponente y aristocrático. Tenía los cabellos muy largos y amarillentos, barba blanca y mirada de un azul casi albino, y vestía una casaca rusa ceñida a la cintura con un cinturón ancho y negro, provisto de una hebilla en forma de calavera. Sobre la casaca solía llevar un gabán negro y grasiento, que en invierno le protegía del frío y en verano del calor. Con una voz que pasaba de la gravedad a la suavidad de forma no siempre coherente, Grosby gritaba ante un grupo de transeúntes:

—Bienaventurados los que llegan a la Gran Manzana creyendo que llegan al Paraíso, porque en ella conocerán, si las circunstancias lo favorecen y las puertas de sus almas no son de bronce macizo, lo peor y lo mejor de sí mismos.

»Bienaventurado el silencio anterior a la Creación.

»Bienaventurados los que no saben que van a morir esta noche.

»Bienaventurados los que reconocen un abismo en cada hombre.

»Bienaventurados los perdedores.

»Bienaventurada la madre que me parió, y que fue una prostituta del Bronx llamada Molly.

»Bienaventurado George Washington.

»Bienaventurado Dios.

Dicho lo cual, Grosby agradeció las monedas que le habían echado y se perdió tras la puerta de un bar.

Durante su primer año en la ciudad, Julián fue conociendo los círculos de los profesores españoles en Nueva York. Se intensificó su amistad con Aníbal, diez años mayor que él, y enseguida Aníbal le presentó a Darío, que daba clases de literatura española en una universidad junto al Sound. Con ellos solía reunirse en una taberna de East Village.

Aníbal era muy alto y musculoso, de tez morena, ojos muy negros y aspecto un tanto bárbaro, pero se caracterizaba por su bondad y la tendencia a ponderar todo lo que le decían los demás, y Darío era un explorador de la noche que lo llevaba a veces a clubes espectrales junto a los viejos tinglados del puerto, donde se veían puños grasientos, caras sudorosas y pálidas, y escaleras que parecían conducir al infierno por el olor que desprendían, y donde decían que había estado el poeta Gil de Biedma buscando el otro lado de la oscuridad. A Darío no le gustaba salir de Manhattan, pero de vez en cuando alquilaba un descapotable y se iba con Julián y Aníbal fuera de la Gran Manzana, adentrándose en Long Island, si bien siempre regresaban al final de la tarde a su taberna, en medio de una calle de casas de dos y tres plantas, con ventanas de guillotina, escaleras exteriores y aspecto muy americano. También se reunía a veces con ellos un diplomático español, que por alguna razón vivía lleno de amargura y al que procuraban no prestarle demasiada atención porque hablaba mucho del suicidio.

En más de una ocasión, mientras conversaban en la terraza de la taberna, vieron al Duque Blanco pasar por la otra acera y entrar en la droguería para comprar cigarrillos. Casi siempre lo

paraba alguien y el Duque parecía bastante asqueado de los amigos que le salían en cualquier esquina.

Atendía las mesas del establecimiento una camarera de rasgos chinos y una sonrisa más ancha que Asia, que solía ser especialmente solícita con ellos. Fue con esa chica, oriunda de Shanghái, con la que Julián estuvo acostándose una temporada. Hasta que un día desapareció, y nunca más volvió a verla. Pero ya para entonces se había dado cuenta de que esas desapariciones eran normales en Nueva York. De pronto a la gente se la tragaba la ciudad, y se disipaban en el aire relaciones que durante una o dos noches le habían parecido esenciales.

En la universidad, su trabajo consistía en dar clases de pronunciación y de lectura, en las que aprovechaba para hablar de sus autores preferidos y en las que adoptaba un tono entre cómico e histriónico que convertía sus clases en una fiesta. Sus alumnos le querían y solía tomar copas con ellos tras las clases.

En verano, cuando finalizaba el curso y disminuían vertiginosamente los ingresos, solía trabajar los fines de semana de camarero en un bar de música country de la avenida Lexington que se llamaba el Diamond Bar y en el que se podía cantar. El local estaba presidido por una fotografía enmarcada, de gran tamaño y de colores planos al estilo Andy Warhol, en la que se veía a Marlene Dietrich vestida de chica de *saloon*, con un corsé negro, el pelo ondulado y un ojo más abierto que otro. A un lado de la imagen se hallaba una diana con dardos y al otro la televisión, que emitía continuamente faenas de rodeo con toros y caballos.

La barra era tan larga como el establecimiento y tenía a la derecha una sala con mesas labradas, de roble americano. La

chica que le acompañaba por la noche se llamaba Susan. Tenía dieciocho años, llevaba minifaldas muy leves y se había enamorado de Steven, un holgazán de cuarenta años que también trabajaba en el local, amante de los bares y de las noches hasta el alba en ciudades dejadas de la mano de Dios. Steven solía llevar un sombrero tejano y tenía una sonrisa grandiosa, bobalicona y de naturaleza apaciguadora, que hacía menos terribles su musculosa anatomía y su cara cuadrada y dura.

La música era invariablemente country, a veces elegida por la clientela, y el ambiente pretendía ser jovial. La chica y su cowboy acudían con cierta frecuencia a los servicios. Julián los siguió en más de una ocasión y averiguó que a veces practicaban el sexo, a veces inhalaban crack y a veces hacían ambas cosas. Los dos parecían muy drogados y excitados, pero era cómodo trabajar con ellos porque carecían de sentido de la responsabilidad, de la propia y de la de los demás.

Susan había observado que Julián miraba mucho la imagen de Marlene y una tarde le dijo:

—La confeccionó mi hermano con el ordenador de la cárcel, a partir de un cartel de cine. Al patrón le gustó y le pusimos un marco.

—¿Tu hermano está preso?

—Sí

—¿Por qué?

Mientras limpiaba vasos, Susan torció la boca y contestó:

—Por violar a un policía.

Julián se quedó estupefacto. Susan se echó a reír a carcajadas. Luego le dio un beso y le susurró al oído:

—Anda, vete a atender la mesa de las dos mujeres que se besan bajo la diana.

En esa situación se hallaba cuando conoció a Gloria. Julián recordaría siempre la tarde en que habló con ella por primera vez. El viento barría la Christopher Street y Julián acababa de salir de un cine donde organizaban un ciclo de películas españolas cuando entró en un bar nocturno, lleno de gente que había asistido a la proyección. Allí la descubrió hablando con dos mujeres en español. El rostro de Gloria se iluminó ante él, borrando con su luz los otros dos. Ella también lo miró, pero ninguno de los dos fue más lejos.

Una hora después, Gloria se despidió de las dos mujeres y salió del bar. Llevaba un abrigo negro casi talar y los cabellos al viento. Julián salió tras ella y le dijo:

—Perdona, te oí hablar de Chueca con las dos mujeres que acabas de dejar y me entró nostalgia de Madrid. ¿Eres de allí?

—Sí, pero mi madre es americana y llevo desde los nueve años en Nueva York.

—¿Tienes prisa? —se atrevió a preguntar Julian.

—No. Salí muy decidida del bar porque quería librarme de dos viejas amigas.

—En ese caso te invito a una cerveza.

—De acuerdo, pero que sea a cierta distancia de aquí, lo digo por mi seguridad.

Los dos se echaron a reír. Julián comentó:

—¿Qué te parece el Old Town Bar? Tiene un *speakeasy* de la época de la prohibición.

—Lo conozco. Vámonos ya.

Sin dejar de reírse, torcieron a la derecha, hasta alcanzar la Quinta avenida, por la que fueron subiendo hasta la 18th Street, donde divisaron la insignia luminosa del bar.

Nada más entrar en el Old Town se percibía auténtica solera neoyorquina: espejos sucesivos duplicando las botellas, barra larga de cobre, roble y mármol, muy dignificada por el uso y partida en dos para mayor comodidad de los camareros, lámparas cónicas, luces amables y amables penumbras, aunque lo mejor era subir al piso de arriba, donde se hallaba el *speakeasy* y donde estuvieron tomando cerveza mientras conversaban.

Gloria tenía una figura hermosa y desgarbada, que se conjugaba muy bien con sus ojos verdosos y mareantes, nórdicos y a la vez mediterráneos. Parecía una de aquellas chicas del *Swinging London*, una de aquellas bellezas de minifaldas cortísimas y sonrisas angélicas que perseguían a los músicos y que sucumbieron a las drogas y arrastraron sus cuerpos por el Soho, que parecían piedras preciosas pero que al final se convirtieron en cantos rodados. Una de aquellas chicas que salían en las revistas pop, pero antes de la degradación y la caída, cuando eran ángeles del placer más que ángeles de la desolación. A Julián se le antojaba muy atractiva y le parecía toda ella impregnada de una dulzura cautivadora. Modulaba muy bien las frases, dándoles a todas un ritmo descendente y envolvente, que tenía algo de trágico, y se atrevió a hacerle una confesión peligrosa. Le dijo que tenía un yo muy difuso a la vez que se sentía muy pegada a sí misma; luego añadió:

—No es tan raro en las actrices. Al mismo tiempo que son muy narcisistas tienen un yo bastante desvanecido. Antes de iniciar los ensayos de una nueva obra, lo mejor es sentirte va-

cía, dolorosamente vacía, para que así el papel pueda ocupar toda tu persona.

Le gustaba cómo Gloria acompañaba sus palabras con miradas muy significativas, que las tornaban aún más veraces, y tenía la impresión de que nunca había estado con una mujer de esas características: frágil, andrógina, distante y a la vez cercana y a la vez tremendamente expresiva.

Gloria sonrió y dijo:

—Tú en cambio pareces bastante asentado.

Julián se echó a reír.

—Pues he pasado mi vida flotando.

—Nadie lo diría.

Pidieron una segunda cerveza y contemplaron con cierta tranquilidad el lugar donde se hallaban. El *speakeasy* no era un espacio tan noble como la sala de abajo ni tenía una barra tan solemne. Allí era todo más reducido y los muebles estaban menos trabajados. Aún parecía un espacio clandestino y era fácil imaginar a la gente apelotonada ante la pequeña barra en forma de ángulo, clamando por un vaso de whisky mal destilado, cuando corrían los años de la Ley Seca y se juntaban en un mismo garito la *noblesse* y la canalla.

—Seguro que aquí estuvieron Fitzgerald y Hemingway...
—comentó Julián.

—No lo dudes ni un segundo. Frecuentaban esta zona y también la de más arriba, claro.

De las evocaciones más o menos mitológicas y literarias pasaron a hablar un poco de sus vidas. Gloria le dijo que su padre era director de teatro y su madre trabajaba en una productora vinculada a la televisión. Se habían conocido en Ma-

drid, cuando su padre era tramoyista y su madre se hallaba de vacaciones en España. En Nueva York su padre había empezado de tramoyista, pero desde hacía un lustro dirigía piezas teatrales con cierto éxito.

Salieron del bar y se fueron paseando hasta Washington Square, bajo un cielo radiante por efecto de la contaminación lumínica, de tonos anaranjados. Convenía no mirarlo para no sentirse flotando en la irrealidad.

Ahora no hablaban, pero se habían cogido de la mano. Los dedos llegan más lejos que el cerebro y el corazón, y con los dedos comenzó la primera exploración de sus reacciones y sus emociones. Julián quería acoger con más fuerza la mano de Gloria, pero, muy sutilmente, ella le decía con las yemas que prefería cierta distancia, que podía aceptar una mano amiga sin problemas, siempre que esa mano no confundiera la amistad con algo más.

Pasaron buena parte de la noche juntos, cenando, hablando de cine y de teatro y bailando en una discoteca ubicada en una iglesia desacralizada, a la altura de la calle 47, pero ahí se acabó todo y a las cuatro de la mañana Gloria desapareció sin prometer nada.

Dos semanas después ya la daba por perdida para siempre cuando Gloria le escribió una nota con una invitación para «la centésima representación de *Foolish lovers*». En la tarjeta se indicaba que la obra se estaba representando en el teatro Prince Hall de la calle 42, esquina con Broadway, y que la dirigía Odón Durán, padre de la actriz.

El mismo día que recibió la carta de Gloria encontró, en una librería junto al hotel Chelsea, el número 1 de una revista

literaria que no conocía. Se llamaba *Horatio Street*, tenía más de cien páginas e incluía al final un relato sobre la vida de Brian Jones en el que figuraban presuntos fragmentos de su diario. El relato, titulado *Overdose Jones*, lo firmaba una tal Lu, de la que ya había oído hablar una vez. Julián adquirió la revista de inmediato y la fue leyendo con fruición mientras se dirigía a Chinatown.

Allá en otros tiempos (y qué buenos tiempos eran), había un gigante negro, más alto que Hércules, que tocaba muy bien la mandolina. Y ese gigante se encontró con un niño llamado Brian Jones, que se había perdido en el bosque, y le dijo:

—Llevas en el alma un poderoso aguijón, Brian, y con él podrás tocar todos los instrumentos que te salgan al paso: la guitarra, el violín, el piano, el clavecín...

Era el cuento que le contaba su madre aquel verano en la casa de Cheltenham. El gigante Bruno se encontraba con el niño Brian en un bosque de hayas y hablaban sobre la vida y del futuro que le aguardaba a Brian como instrumentista. Luego su madre cantaba siempre la misma canción:

*Alas my love! you do me wrong
To cast me off discourteously;
And I have loved you so long,
Delighting in your company.*

Algunas tardes, su padre observaba sus juegos desde el porche que daba al jardín. El vuelo fulminante de un tordo que se

perdía entre la maleza del fondo, ya cerca del humedal, el temblor lejano de un cometa, los gritos de los bañistas..., todo muy hermoso, cierto, pero a Brian no le gustaba compartir esos momentos con su padre, y una vez imaginó que el alero del porche se le caía encima de la cabeza. Y el alero cayó sobre la cabeza de su progenitor, si bien tres días después, causándole una seria herida. Brian pensó que su mente tenía poderes que él mismo desconocía. Creyó que sus pensamientos podían materializarse, al igual que sus deseos, y al día siguiente le propuso una apuesta demencial al destino: a su destino. Era una mañana húmeda y el jardín estaba lleno de babosas. Brian pensó que si mataba en un solo día más de cien babosas la suerte le acompañaría siempre y sólo podría detenerlo la muerte, como a Lawrence de Arabia.

Brian empezó a matar babosas con su navaja suiza. Las partía en dos. Los trozos se retorcían como los de una culebra escindida, pero con menos gracia. Al final del día, cuando ya estaba oscureciendo, Brian tuvo que reconocer que sólo había matado cincuenta babosas y que iba a perder una apuesta capital con el destino.

Ya de noche, se acercó a casa gimiendo. Sus padres se hallaban en el porche comiendo carne fría con salsa de arándanos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó su madre.

—Necesito cincuenta babosas.

—¿Para qué?

—¡Para matarlas!

—¿Y qué ganas con eso? —inquirió la madre.

—Las babosas son muy perniciosas para los huertos y en tan sólo tres meses de vida reproductiva pueden dejar tras ellas

más de trescientas babosas nuevas, que a su vez se reproducirán como su antecesora y entonces habrá que multiplicar trescientas por trescientas. Estamos ya en noventa mil babosas. ¿Os lo imagináis? Alguien que de pronto matase cien babosas al día ¿de cuántas babosas libraría a la humanidad? Además parecen heces vivientes, no las puedo soportar.

—¡Este niño está loco! —murmuró su padre, que abandonó malhumorado la mesa y se refugió en el salón para escuchar a Charlie Parker.

A su padre le gustaba Charlie Parker. Un animal nocturno saltando de una a otra ventana de Manhattan, de uno a otro tejado, como Joyce pasaba de un reloj a la aguja de un rascacielos, y de la aguja de un rascacielos a una cuerda floja sujeta en su extremo a una escalera por la que bajaba con la seguridad de un sonámbulo. Así era Charlie Parker. Un gemido muy modulado y muy doloroso como el presentimiento de la muerte, como su intuición fulminante, emitido por un sonámbulo que va cruzando el puente de Brooklyn por sus cables de acero y que salta de uno a otro con más soltura que un pájaro.

Pero su hijo aún no entendía de esas cosas, aunque le gustaba la música. La música y la natación. Dos días después, iban hacia la piscina municipal por un camino rodeado de sauces recién plantados cuando Brian cayó a una alcantarilla honda y oscura. Iba dando saltos hacia atrás, deseoso de que lo miraran su hermana y su madre, riéndose de no se sabe qué y tonteando como un niño de cuatro años cuando, de pronto, Brian desapareció como sorbido por un monstruo del subsuelo.

—¡Brian, Brian, Brian! —clamó su madre mientras su hermana se echaba a llorar.

¡Brian, Brian, Brian!, escuchaba él mientras caía hacia oscuridades cada vez más densas. ¡Brian, Brian! Oh, alivio y espanto, cómo resonaba su nombre cuando se acercaba la muerte. ¡Brian, Brian, Brian! Nunca había resonado así su nombre. Parecía una sucesión de bombas estallando en cadena. ¡Brian, Brian, Brian!

Brian llevaba ya más de una hora flotando y chapoteando al fondo de la alcantarilla, en medio de la oscuridad y notando a intervalos el roce aterciopelado de las ratas, cuando un bombero consiguió descender hasta él y sacarlo. Era ya noche cerrada.

Al día siguiente comenzó el nuevo curso. En el colegio uno de los profesores no soportaba a Brian. No lo aguantaba a los seis años, cuando lo veía cruzar el patio, y aún menos a los nueve. Odiaba su cara de niña más bien gorda, sus ojos de suplicante, su mirada huidiza, sus temblores. Otro profesor en cambio lo consideraba una mente privilegiada. Fue él quien le dijo a su padre:

—Mire, señor Jones, el género humano se divide en tres grupos elementales: los que saben menos de lo que han aprendido, que son los tontos; los que saben lo mismo que han aprendido, que son los normales; y los que saben más de lo que han aprendido, que son los genios. Y su hijo es un genio, aunque muchos le digan lo contrario. Sabe de cualquier instrumento más de lo que le han enseñado, mucho más. En cuanto coge un instrumento, entra en su alma. ¿Cómo se explica usted eso?

—Usted exagera. ¿Brian un genio? Me cuesta creerlo.

Desde detrás de un seto, Brian escuchaba la conversación y lamentaba lo poco que le admiraba su padre. Pero él sabría

desmentir palabras tan infames, pensaba apretando mucho los puños.

Fue entonces cuando empezó a surgir en su cabeza algo parecido a un plan y empezó a escribir un diario.

Cheltenham, 9, 9, 1955

Propósitos para el próximo otoño:

- 1. Escribir en este cuaderno mis impresiones, al menos una vez al mes.*
- 2. Hacer ejercicio para mejorar la imagen. Tengo que adelgazar. ¿Cuántas veces he de ordenármelo a mí mismo? ¿Mil veces al día? Lo haré. Tengo que convertirme en un dios griego.*
- 3. Tengo que construirme una cara más masculina y enigmática. Es cuestión de insistir en el ademán de la distancia.*
- 4. No debo descuidar la cultura general, pero sobre todo no debo olvidarme de la música. O me convierto en una obsesión nacional antes de los veinte años o me destruirá mi propia ansiedad.*
- 5. Necesito ahorrar más: tengo que comprarme una guitarra eléctrica antes de que acabe el año.*

Conclusión: estos cinco propósitos han de cumplirse a rajatabla.

Calles de Cheltenham, que a Brian le parecían impregnadas de cloroformo, blancas como sepulcros blanqueados, con sus balcones de hierro, sus cariátides y sus ventanas tras las que se ocultan rostros lívidos. Palacios, parques, fontanas y un sor-

prendente culto a las flores, al alcohol y a las apuestas en las carreras de caballos.

Nada que ver con Londres aunque en Cheltenham la gente se cree importante. Hasta los de los barrios grises, entre escombreras y árboles carbonizados, se creen importantes. Pero sólo cuando están borrachos.

Calles de Cheltenham: todas llevan a un único lugar: un pasadizo en el que se halla un garito con un billar y un jukebox. Brian pasa allí horas y horas deslumbrado por las canciones de Sonny Boy.

Algunas veces, en ese lugar, se produce el milagro. Siente una intensidad especial al escuchar a la vez la canción que sueña en el jukebox y las bolas que chocan en la mesa de billar. Es una sensación vinculada al presente pero también a una especie de atemporalidad. Inmediatamente empiezan a circular por su cabeza imágenes gloriosas. Él es un arcángel que sobrevolará el mundo sin olvidar que la felicidad es un asunto terrenal.

Luego, de regreso a casa, empieza a simular un ataque de asma para que sus padres no le molesten y le dejen encerrarse en su cuarto. Sus padres aman la música y siente que le han influido, que le han dado algo que sólo ellos le podían dar, pero a la vez los detesta. No le evocan una vida brillante y un mundo de placeres esenciales. Sólo le evocan la inercia pavorosa de la muerte.

Ya en su cuarto, no sabe si coger la armónica o el clarinete. Se decide por el clarinete pero se limita a acariciarlo. Aún no sabe que al año siguiente debutará justamente como clarinetista en la orquesta del colegio. Más tarde probará con el saxofón, pensando siempre en Charlie Parker, y empezará a tener un

éxito evidente con las chicas, a las que adorará al principio y a las que luego torturará sin piedad, como a menudo hace con su hermana.

Pero antes de abandonarlas suele pasar con ellas largas tardes. La nieve cubriendo las calles, los discos de jazz tirados en el suelo, la cola-cola con ginebra, las novelas de London y Kerouac, el llanto eterno del blues, las carreteras lluviosas, los expresos de medianoche, la soledad, la tristeza, y los besos de Stela o Palmira, cuando les mordía con rabia los labios, les arrancaba las bragas y las penetraba sobre la alfombra mientras en el tocadiscos sonaba una canción de Muddy Waters.

En ese período dejó a una chica embarazada y decidió fugarse de Cheltenham. Cruzó el canal de la Mancha y se fue en autoestop hasta Dinamarca y Suecia, sobreviviendo de las monedas que le echaban cuando tocaba en la calle el saxofón.

Suecia, 15, 6, 1959

Pronto tendré que regresar a Inglaterra y en mi cabeza se agolpan los recuerdos de mis primeros días en estas tierras, por carreteras vecinales rodeadas de árboles, bajo la misma luz que ilumina los personajes de las películas de Ingmar Bergman, al que tanto admiro. De hecho he estado atravesando Suecia con la vaga creencia de que me iba a topar de bruces con el mundo de Ingmar Bergman: las doncellas rubias junto a torrentes de agua y de sangre, las fresas salvajes, los relojes sin agujas, las playas de guijarros frías y desiertas, las partidas de ajedrez con la Muerte, las nenas

de pantaloncitos cortos como las dos que conocí en Vendalen... Con ellas retocé en atardeceres llenos de vencejos, de fresas, de relojes blandos y de deseos adolescentes que nunca creí que se iban a consumir. Pero no fue mi única aventura. Recuerdo que me hallaba en una carretera del sur de Suecia, muy cerca de Berg, cuando vi a una mujer rubia, con pantalones blancos y muy ajustados. Se había pinchado una rueda de su automóvil e intentaba cambiarla. Desde cierta distancia podía ver su culo recortándose contra el rojo de la capota y el verdor del paraje.

Me acerqué a ella y esbocé mi mejor sonrisa. Noté que le caía bien. Se llamaba Laura y, sorprendentemente, era de origen español. Tenía unos treinta años y, según me dijo, acababa de divorciarse del sueco que hasta entonces había sido su marido. Me enseñó algunas palabras en español: oh, ay, sí, no, te quiero.

Qué noche pasé con ella en un hotelito junto a un río de aguas transparentes y rumorosas.

Es extraño. Ayer tuve la certeza de que estaba viviendo los días más felices de mi vida. De mi vida hasta ahora, quiero decir. No deja de ser una buena señal. Quizá este viaje que estoy haciendo representa el final del largo purgatorio que ha sido toda mi existencia en Cheltenham.

Tras su regreso de Suecia, Brian descubrió los discos del guitarrista de blues Elmore James mientras colaboraba en las orquestas de jazz locales, y decidió comprarse una *Slide guitar*. Dejó todos sus trabajos (incluido el de vendedor de Biblias a domicilio) y se entregó completamente al instrumento, obsesionado por tocarlo como Elmore James.

Y de pronto, a la velocidad con que suceden las cosas en los sueños, ya estaba retorciéndose con su guitarra gimiente y de fraseos descendentes y melancólicos en la mejor orquesta de blues inglesa: Alexis Korner's Blues Incorporated, y su nombre comenzó a resonar de una forma especial por primera vez. La orquesta tocaba a menudo en la discoteca de Ealing, a la que acudía un público cada vez más numeroso y un montón de chicas entusiasmadas con sus acordes masturbatorios.

Brian sentía que eso no era la gloria, pero creía divisarla en el horizonte como un teatro barroco lleno de sugerencias, como una casa muy grande y muy laberíntica, llena de pasillos y de cuartos secretos, donde poder entregarse a todas las emociones del cuerpo y del alma.

Una noche, aparecerán en la sala Mick Jagger y Keith Richards. Mick tiene, como Brian, aspecto de sajón de labios grandes, piel rosada y ojos apagados, y Keith semeja un escarabajo negro, y se mueve como una araña errática. Con ellos fundará la orquesta que los hará famosos. Brian lo hará en calidad de segunda guitarra, además de multiinstrumentista, y enseguida se convertirá en el miembro más activo del grupo. En todas las entrevistas de aquel tiempo se presentará como el líder y como la cabeza que está dando sentido y destino a lo que hacen. Brian no mentía; el mismo Bill, bajista del grupo, confesaría que Brian había buscado el nombre de la orquesta, la había creado y le había dado entidad con su guitarra. Se trataba de una idea enteramente suya. Brian había inventado a Los Cantos Rodados.

Tras un penoso período de estrecheces junto a Mick y Keith, llegaron los primeros éxitos, la primera gira por Inglaterra, y el

protagonismo cada vez más envolvente de Brian Jones. Y casi de inmediato, como si el mundo les abriera todas sus ventanas, las giras por Europa y América, las noches en el hotel Chelsea de Nueva York, emborrachándose hasta las tantas con Dylan y con Hendrix.

Fue en aquella época envolvente y clamorosa cuando actuaron también en Liverpool, la ciudad de Los Beatles, según contó en su día el crítico Nik Cohn con saludable ironía.

La lluvia azotaba las ventanas. Balas de agua que poco a poco iban convirtiéndose en flechas más agudas y menos compactas, que conformaban ráfagas y se abatían sobre los escaparates de las tiendas de Penny Lane.

Los hombres que se ocultaban en las tabernas sabían que se trataba de una tarde irredimible. Una de esas tardes que caían en el abismo de la antimateria sin dejar la más mínima huella. Pero de pronto empezó a llegar desde más allá de la glorieta un rumor de catástrofe que dejó desconcertados a los clientes de los pubs y a los pocos transeúntes que cruzaban las aceras cubiertos con paraguas.

El rumor se oía cada vez más cerca.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó un transeúnte a un policía que se protegía de la lluvia bajo el alero de una tienda de instrumentos musicales.

—No tengo ni idea.

Tras unos minutos de tensa espera, apareció un automóvil negro que semejava un coche fúnebre, y que torció hacia el cine Rex. Tras él empezó a verse una ingente multitud de chicas que gemían ruidosamente, sin importarles la lluvia y el

frío. Avanzaban anhelantes, formando apretadas filas, con las manos hacia delante y las miradas perdidas. Parecían las bacantes de Eurípides.

El coche negro se detuvo ante la puerta del cine Rex y salieron de él cinco individuos arrogantes y con aire de mendigos aristocráticos. Las muchachas contuvieron la respiración al mirar sus caras de cera pálida.

La policía formó una sólida barrera para que las chicas no se arrojaran sobre los cinco hombres, que acabaron desapareciendo tras la puerta de hierro que se hallaba a la derecha de la entrada principal del Rex.

Liverpool, 3, 4, 1964

Ya había concluido nuestro concierto en el Rex cuando nos dimos cuenta de que la orina había corrido por el pasillo central del cine hasta el borde del escenario y toda la sala de butacas apestaba a amoníaco. No es la primera vez que ocurre. Cada vez que actuamos las chicas que asisten al espectáculo se mean.

Nos orinamos cuando sufrimos un súbito ataque de oscuridad, que va unido a temblores hondos, a gestos de terror, a fiebre súbita, a confusión, y representa un regreso al estremecimiento anterior a las palabras. Cuando ese estremecimiento nos posee, nos orinamos como las chicas de Liverpool cuando escuchaban entre gritos mi guitarra renacentista.

Ya nos encontrábamos en el hotel cuando llegaron varias admiradoras fuera de sí. Estuve con dos y me comporté con ellas como un cerdo. La más joven de las dos me dijo:

—Brian, ¿quién te colocó un pedazo de hielo en el lugar del corazón? ¿Tus padres? ¿Abusó alguien de ti?

Encendí un cigarrillo, sonreí gélidamente y escupí con voz sedosa:

—Hasta los quince años todos abusaron de mí. Entonces decidí afilar las garras y afrontar la vida sin miramientos. De pronto me di cuenta de que el mundo estaba lleno de puertas abiertas: rojas, negras, todas abiertas de par en par. Tu amiguita y tú os habéis abierto a mí como dos estuches automáticos. ¿De qué os quejáis ahora? Habéis estado con un dios, os he dejado medio locas, pero se acabó la sesión, tengo que probar la flauta que compré esta tarde en Penny Lane. Que lo paséis bien, preciosas —murmuré, antes de arrojarlas de mi habitación.

No debería comportarme así, lo sé, y sobre todo ahora, que estoy descubriendo el romanticismo alemán. Pero cuando sabes que sólo la muerte te puede detener, te vuelves muy loco. Sientes que nadie debe ultrajar tu divinidad. No caben las confianzas.

Al día siguiente regresaron a Londres. Durante el viaje en coche, Brian no dejó de tocar la flauta, y siguió haciéndolo en su casa.

Decían que era capaz de aprender a tocar cualquier instrumento en menos de día y medio, y tanto su hedonismo como su extravagancia lo convertían en el más seductor de la banda. Parecía un noble del siglo XVIII perdiéndose por el *Swinging London* como quien se pierde por el carnaval de Venecia. Cuando se iban de gira sucedía lo mismo o más. Las chicas se les ofrecían como surgidas todas en tropel del cuerno de la

abundancia, y comenzaba la noche larga con las grupis, en hoteles de ninguna parte de ciudades de ninguna parte.

Manchester, 1, 11, 1964

Esta noche ha entrado en mi cuarto una chica de buena familia. Cabellos lacios, mirada narcótica, minifalda blanca, braguitas mínimas y perfumadas. Una pija integral, como a mí me gustan las nenas. Al principio he creído hallarme con ella en el cielo, sorbiendo todo el deseo que la chica sentía hacia mí, notando todo su poder en mí y eyaculando en sus entrañas como si me corriera en la Vía Láctea, pero de pronto un viento solar ha soplado en mi cabeza y me han venido recuerdos de la adolescencia. Yo iba caminando por el césped hacia el colegio y oía que decían tras de mí: Ahí viene el subnormal de Brian, ahí viene el gafotas de Brian, ahí viene el deprimente Brian... Ella misma, la chica que ahora me sonreía y apretaba más sus braguitas mientras elevaba el monte de Venus como una niña de Balthus, ella misma podía haber sido uno de aquellos o aquellas que recitaban tan siniestras letanías cuando me veían pasar con mis gafas de cegato y mi cartera de cuero. Ella misma podía haber sido una o uno de aquellos viles, pensé, y empecé a mirarla de otra manera.

—¿Qué te pasa? —preguntó, algo asustada.

—¡Sal inmediatamente de mi cama! —grité fuera de mí—. ¡Sois todos unos miserables!

Al fin solo, he estado leyendo a Novalis. Qué descanso su noche llena de voces húmedas. Qué descanso su dulzura.

Después me he puesto a ojear una guía de ferrocarriles. No era lo mismo pero me tranquilizaba imaginar sobre el mapa el recorrido de un expreso nocturno que se iba acercando a Alemania.

También he acabado aburriéndome de los trenes y he concluido la lectura de Las nieves del Kilimanjaro. Me ha gustado mucho el momento en el que el protagonista ve desde una avioneta las nieves del Kilimanjaro. Es un momento de revelación de la vida y de la muerte: un instante de gran condensación de luz. La novela de Hemingway me ha conducido al recuerdo de las chicas a las que he engañado, humillado, burlado... A todas las que he dejado abandonadas, o les hice promesas insensatas para dejarlas a los dos días... Supongo que son legión... A veces las imagino a todas juntas, como brujas de Macbeth, avanzando por una avenida en un atardecer lluvioso. Pobrecillas, tan desangeladas, tan a la intemperie, tan abrasadas por el engaño y la traición, mis viudas caminando bajo la lluvia por la avenida de la Desolación.

*Finalmente he abierto un libro de poesía Beat y me ha aterra-
do un verso de Ginsberg: «La muerte es el remedio que sueñan to-
dos los cantantes».*